

JUICIO PARALELO

Paco Carreño Espinosa

PERSONAJES

GONZALO

MARISA

AGUSTÍN

ENRIQUE

MELQUIADES

RUFINA

BENITO

JUEZ

PERIODISTA

ADÁN

BEA

UJIERES

Una sala en los juzgados de una ciudad. Una estatua representa a la diosa Justicia, con su espada y su balanza, los ojos vendados. A un lado, una especie de trono, parecido a los asientos de los coros que hay en algunas catedrales. Al otro lado, una ventana muy alta y ancha. Delante de ella, una cortina blanca, translúcida, una especie de visillo, por la que entra un buen chorro de luz. Flanqueando la cortina blanca, dos cortinones de tela gruesa, opaca. Habrá también un par de bancos corridos de madera. Al fondo, una estantería llena de libros antiguos, con misales, Biblias y libros de devoción. Las primeras voces se oyen desde dentro.

JUEZ (*Dentro.*): ¿Juran o prometen desempeñar bien y fielmente la función del jurado, con imparcialidad, sin odio ni afecto, examinando la acusación, apreciando las pruebas, y resolviendo si son culpables o no culpables de los delitos objeto del procedimiento los acusados..., así como guardar secreto de las deliberaciones?

AGUSTÍN (*Dentro.*): ¿Hay que jurar por Dios?

MARISA (*Dentro.*): ¿Puedo jurar por mi madre?

RUFINA (*Dentro.*): ¿Y yo por mis hijos?

JUEZ (*Dentro.*): ¿Juran o no juran?

TODOS (*Dentro.*): ¡Juramos!

Entra GONZALO.

GONZALO (*Leyendo un papel, uno de los informes de la acusación.*): El terremoto de San Francisco, a las cinco y diez de la mañana, cuando todo el mundo estaba en su cama, para que no tuvieran escapatoria. Ocho grados en la escala de Richter. Dos mil quinientos muertos. Veintiocho mil edificios destruidos. Doscientas veinticinco mil personas sin hogar. Cuatrocientos millones de dólares perdidos. Años y años de ahorro, de trabajo tirados a la basura. Por culpa del de siempre.

Entra MARISA.

MARISA (*Leyendo*): La Guerra de los Treinta Años, una guerra de religión, redujo la población masculina a la mitad en el territorio alemán. En Bohemia y en Moravia se perdió un tercio de la gente. Destruyeron diez mil castillos, dieciocho mil villas, mil quinientos pueblos.

Entra AGUSTÍN.

AGUSTÍN: Pero eso lo hizo el ejército sueco.

Entra ENRIQUE.

ENRIQUE (*Leyendo.*): La peste Negra acabó con el sesenta por ciento de la población en Europa. Cuarenta millones de personas murieron en África y Asia. Los lugares quedaban completamente despoblados. Los infectados recorrían el mundo expandiendo la enfermedad cada vez más lejos. Ayudados por artilugios diabólicamente divinos, los tártaros catapultaban a los suyos infectados para extender entre sus enemigos sitiados la enfermedad.

Entra MELQUIADES.

MELQUIADES (*Leyendo.*): La hambruna se cobró en Irlanda dos millones de víctimas. Montones de emigrantes abandonaron su tierra. El país perdió un cuarto de su población. Todo por un hongo, el tizón tardío de la patata, de origen divino.

AGUSTÍN: Como la propia patata. Además, el problema estaba en el sometimiento de Irlanda a la desastrosa política económica del Reino Unido.

RUFINA (*Leyendo, con dramatismo creciente.*): La gripe española, padecida por el treinta por ciento de la población de la Tierra se llevó por delante a cincuenta y cinco millones de personas en veinticinco semanas. Treinta millones en China, novecientos mil en Estados Unidos, cuatrocientos mil en Alemania, quinientos mil en Francia, cuarenta millones en la India. El virus, fruto de la creación, como todo, mató finalmente a doscientos millones de personas en todo el mundo.

GONZALO (*Leyendo.*): ¡El terremoto de Sumatra-Andamán, nueve grados en la escala de Richter, ocasionado por el choque de la falla tectónica indo-australiana, creada por Dios, provocó olas de hasta treinta metros de altura y devastó las costas de Indonesia, de Sumatra, de la India y de

Tailandia! Murieron doscientos ochenta y ocho mil personas que se encontraban en sus casas, en la playas.

AGUSTÍN: Los seres humanos no vieron las señales que los animales sí vieron.

GONZALO: Oh, Dios de las alturas, yo te invoco. Manifiéstate. Has sido demandado por estas y por otras miles, millones de causas parecidas o peores.

ENRIQUE: Miles de niños inocentes mueren diariamente de hambre por tu causa.

MELQUIADES: Mientras tú, en tu trono celestial, sordo a nuestras quejas, eres alabado injustamente por todos los coros de los ángeles y de los arcángeles.

MARISA: Has decidido mantenerte en tu invisibilidad por pura cobardía. No te atreves a compartir con nosotros este mundo en el que reina siempre la injusticia, la ignominia, el atropello.

AGUSTÍN: Pero, ¿de qué lo acusáis? Esto no puede estar pasando. Es absurdo. Estoy completamente harto de esta farsa de descerebrados. ¿Quién es el imbécil que ha demandado a Dios?

GONZALO: Ese imbécil al que insultas se llama Ernesto Cámara.

ENRIQUE: La demanda está interpuesta por espantosas inundaciones, egregios terremotos, horrendos huracanes, terroríficos tornados, perniciosas plagas, feroces hambrunas, devastadoras sequías y guerras genocidas. ¿Te parece poco?

RUFINA: Todas estas desgracias han estado originadas por Dios, quien ha provocado muertes generalizadas, destrucciones. Terrorismo organizado contra millones y millones de habitantes en la tierra.

GONZALO: Ernesto Cámara es un héroe. Así pasará a la historia de la humanidad.

ENRIQUE: Y nosotros con él.

GONZALO (*Dirigiéndose a AGUSTÍN y a BENITO.*): En cambio, vosotros, cómplices repugnantes, que os resistís a que este juicio prospere, debéis saber que cuando uno es testigo de un crimen y no lo evita o lo denuncia, lo está encubriendo y se convierte automáticamente en cómplice.

AGUSTÍN: Pero ¿quién es Dios? ¿A quién estáis acusando?

GONZALO: Estamos acusando, si no al que ha realizado todos esos crímenes, al menos a quien ha sido necesariamente testigo de todas las atrocidades cometidas por la humanidad, hijos todos de Dios, creados por él.

RUFINA. ¿No conoces la ubicuidad?

ENRIQUE: Estar aquí.

MELQUIADES: Estar allí.

GONZALO: En todos los lugares.

RUFINA: En todos los tiempos.

GONZALO: Esto lo hace cómplice de estos crímenes, gracias a su omnipresencia y eternidad.

BENITO: Entonces, ¡creéis en Dios! Así, con mayúscula.

RUFINA, MARISA, MELQUIADES, GONZALO Y ENRIQUE: (*Simultáneamente.*) Nosotros somos laicos.

AGUSTÍN: Y ¿qué significa ser laico?

GONZALO: Significa saber que Dios no existe.

BENITO: Y ¿qué hacéis denunciando a alguien que no existe?

MARISA: Primero. Nosotros somos sólo el jurado de una causa abierta contra Dios. Exactamente igual que tú.

GONZALO: Nos ha tocado por sorteo.

MELQUIADES: Y debemos cumplir con nuestra obligación ciudadana.

AGUSTÍN: Sí, eso ya me lo sé. Pero, como yo, estáis participando en una fantochada, por no decir en una fanfarronada. ¿De dónde sacáis este derecho a juzgar a alguien en cuya existencia no creéis?

MARISA: Muy sencillo. Creemos que la creencia en Dios (valga la redundancia), en su existencia, es la culpable de las desgracias del ser humano.

BENITO: A mí me cabe una duda. ¿Lo consideraréis también responsable de los tsunamis, de los terremotos? Porque si es así, ya no me cabe ninguna duda de que creéis en Él.

GONZALO: No, pero acuérdate de que la mayoría de las guerras de la humanidad han sido guerras de religión.

BENITO: Entonces hay un problema legal. No podemos juzgar a alguien por algo que no ha cometido.

MELQUIADES: A lo mejor deberíamos juzgarlo sólo por las atrocidades que ha cometido.

AGUSTÍN: Entonces deberíamos sentar ahí al dinero, al oro, al trigo, a la carne, a los diamantes, a las especias. Mucho más concretos, por cierto, que ese Dios al que estamos juzgando. Pero si nos ponemos abstractos, ¿por qué no juzgar a la envidia, a los celos, a la avaricia, a la soberbia? Os recuerdo que a toda esa pandilla de vicios llevan juzgándolos, en nombre de Dios, por cierto, bastantes años.

MARISA: No, no, no. Yo propongo, en todo caso, extender la causa, ya que hablamos de concretar, a todos los representantes de Dios en la Tierra, seres concretos, de carne y hueso, susceptibles de...

AGUSTÍN: ¿Te refieres a pasar a cuchillo a todos los curas? ¿Empezar otra vez a quemar conventos? ¿Rajar los lienzos en los que se representa a los dioses? ¿Derribar estatuas? ¿Exhumar a las monjas y exhibir sus cuerpos para demostrarle a Dios, demostrarle, según vosotros, a esa idea, que la corrupción creada por Él se ceba también en los que le han dedicado sus vidas?

MARISA: Sobre sus representantes en la Tierra deberá caer todo el peso de la ley.

GONZALO: Creo que tu propuesta no es descabellada. Deberíamos todos entablar una demanda contra cualquiera que se haga llamar representante de dios en la tierra. Este será cómplice de todos los crímenes de los que “dios” ha sido testigo, y de los crímenes por ellos mismos cometidos.

BENITO: Habría que acabar también con todo el arte que se ha hecho pensando en Dios. Las divinidades clásicas también. Por supuesto, tenemos que cargarnos todas las iglesias. Hasta ciertas obras de ingeniería o arquitectura civil, como el acueducto de Segovia, que tiene una virgen en el centro. El museo del Prado tendría que desaparecer casi completamente.

MARISA: No. Los convertiremos en otra cosa.

ENRIQUE: Haremos escuelas.

MELQUIADES: Hospitales.

GONZALO: Guarderías.

BENITO: Será divino.

AGUSTÍN (*Irónico.*): De la muerte.

MARISA: Un poco de respeto

ENRIQUE: Llama al juez.

MELQUIADES sale corriendo

AGUSTÍN (*Burlón.*): Señor juez, señor juez, se han burlado de nosotros, de los hombres.

BENITO: (*Que continúa la burla de AGUSTÍN.*) De lo más sagrado del mundo.

AGUSTÍN y BENITO se arrodillan.

AGUSTÍN y BENITO (*Burlones.*): Alabado sea el hombre.

MELQUIADES vuelve con un juez togado.

JUEZ: ¿Qué deseaban?

GONZALO: Queremos decirles que estos dos componentes del jurado están continuamente boicoteando las deliberaciones.

BENITO se retira a un rincón y saca de una mochila un cucurucho con algo de comer dentro. Coge de vez en cuando, con los dedos, una cantidad de algo irreconocible y se lo lleva a la boca.

ENRIQUE: No nos dejan pensar en paz.

JUEZ: Huy, la paz del pensamiento, no es una cosa fácil.

AGUSTÍN: Eso es cosa de místicos.

MARISA: Ilustrísimo, nos ha llamado místicos.

JUEZ: Llámeme Señoría, esto es un simple juzgado. No estamos en el Tribunal Superior. En cuanto al apelativo de místico...

MELQUIADES: Están siempre igual.

ENRIQUE: Riéndose de nosotros.

MARISA: Molestando.

JUEZ: Les ruego que no me interrumpan. Sigo. No encuentro ninguna ofensa en las palabras de su compañero colegiado.

MELQUIADES: Usted es parcial. Les está dando la razón.

JUEZ: No les estoy dando la razón, estoy hablando con razón.

ENRIQUE: Eso no es más que un juego de palabras.

JUEZ (*Acalorado, se quita la toga y la deja sobre la estatua.*): ¿Qué prefiere, un juegucito de cuchillos, o de pedradas? ¿Para qué se creen que estoy yo aquí? Para evitar esos juegos que no son de palabras.

MARISA: Usted está aquí para escuchar nuestro veredicto.

JUEZ: Ya veo que no creen ustedes en la razón común. No les entra en la cabeza. Los juzgados populares se han creado para evitar esa estúpida falacia de la razón individual. Pero en ellos lo único que hacen ustedes es atrofiar todavía más el sentido común. No piensan nunca por su cuenta, no se ponen nunca en el lugar de los otros, no hacen más que coger ideas prestadas. Y encima se pelean. (*Dirigiéndose a una escultura de la Justicia, representada como una doncella con la balanza en una mano y la espada en la otra.*) Pobre diosa. (*Dirigiéndose a los miembros del jurado.*) Señores, disponen ustedes de tres horas para aclararse. Cuando tengan el veredicto, el vocal hará una comunicación escrita en la sala del tribunal. Y por favor, no me molesten más. Son ustedes personas maduras.

GONZALO: Pero usted mismo nos dijo que era conveniente que nos enfrentásemos.

JUEZ: No dije exactamente eso. Dije que siempre sería útil para la causa, para el propio proceso, que entre ustedes asumiesen las diferencias.

ENRIQUE: Yo ya he tomado partido.

JUEZ: Sí, pero no se pongan dogmáticos.

El JUEZ sale.

RUFINA (*Después de mirar su teléfono.*): Chicos, creo que se está organizando una buena. Hay un grupo terrorista que ha sacado una amenaza en Internet. Nos acusan de herejes y nos condenan a muerte por atrevernos a juzgar a Dios.

AGUSTÍN: No, si encima me va a costar la vida esta tontería.

RUFINA: Piden a cualquier creyente que tenga la oportunidad que ejecute la sentencia.

GONZALO: Está claro que debemos tomar medidas con esta gente. El fanatismo les tiene sorbido el seso.

MELQUIADES: Y todavía hay algunos dispuestos a tolerarlos.

MARISA: Cada vez estoy más convencida de que se hace necesaria una condena ejemplar de todas las religiones.

GONZALO se acerca al rincón en el que come tranquilamente BENITO. Lo observa.

BENITO: ¿Quieres un poco?

GONZALO mete la mano en el cucurucho.

GONZALO: ¡Qué asco! ¡Es carne! ¡Carne cruda y picada!

Todos se levantan como si fuese algo realmente horrible.

RUFINA: ¡Qué asqueroso!

BENITO: No me digas que sois vegetarianos también.

MELQUIADES: ¿Algún problema? ¡Especista!

BENITO: ¿Qué me has llamao?

MELQUIADES: Especista. Es muy difícil de explicar para un ser tan elemental como tú.

BENITO: Ah, ya sé. Vosotros debéis de ser esos que os dejáis comer por los osos. (*A RUFINA.*)

¿Un poquito de carrne de Benito?

RUFINA reacciona con espanto.

RUFINA: Eh, una rata, una rata en el palacio de justicia.

MARISA: (*Histérica.*) ¿Dónde? ¿Dónde?

AGUSTÍN: Por allí. (*Coge una escoba.*)

MELQUIADES: (*Irónico.*) No la mates, también es hija de Dios.

GONZALO: Precisamente por eso. Es la representante de Dios en la Tierra. Dale fuerte.

Enrique persigue a la rata con la escoba. Hay un juego bastante trepidante de persecución.

MARISA: ¿Por qué tiene que haber criaturas como esa en el mundo? Es repugnante.

MELQUIADES: Casi me hace recuperar la fe. Se parece tanto a su creador.

AGUSTÍN: No digas barbaridades.

MELQUIADES: Digo las barbaridades que diría tu Dios.

BENITO: Te recuerdo que es tu Dios también. Lo estás juzgando, luego crees en él. (*Da un golpe sobre la mesa.*) Sacáis en mí el cruzado que llevo dentro.

Se quedan todos en silencio un rato, pensativos. Al cabo de unos instantes, MELQUIADES cuchichea algo con ENRIQUE, éste con MARISA y ésta con GONZALO.

MELQUIADES: Pues ahora vas a ver el hereje que llevamos dentro nosotros.

GONZALO: La escena se titula *Habeas corpus*.

A continuación GONZALO, MELQUIADES, MARISA y ENRIQUE comienzan una representación burlesca.

MELQUIADES: Con todos ustedes, el juez de guardia, representado por nuestro querido hereje:
¡Enrique!

GONZALO: Y el sacerdote, cuyo papel desempeñará nuestra compañera Marisa.

Tanto ENRIQUE como MARISA se muestran en un primer momento sorprendidos por la ocurrencia de MELQUIADES y de GONZALO, pero enseguida se ponen en el papel improvisado.

MARISA se pondrá la toga del JUEZ a modo de sotana.

La representación tendrá un carácter más bien histriónico. Habrá una ridícula solemnidad en la representación.

ENRIQUE: ¿Es usted Dios?

MARISA: No.

ENRIQUE: ¿Es usted representante de Dios?

MARISA: Sí.

ENRIQUE: ¿Es usted cónyuge?

MARISA: No.

ENRIQUE: ¿Pareja de hecho?

MARISA: No

ENRIQUE: ¿Padre, ascendiente?

MARISA: No.

ENRIQUE: ¿Hermano?

MARISA: No.

ENRIQUE: ¿Hijo, descendiente?

MARISA: (*Tras pensarlo un rato.*) Sí.

ENRIQUE: ¿Nombre?

MARISA: Juan de Dios Amor

ENRIQUE: ¿Por qué motivo solicita la libertad del detenido?

MARISA: Por conciencia moral. No es culpable de los delitos por los que se le acusa.

ENRIQUE: ¿En qué lugar se produjo la detención?

MARISA: En ninguno.

ENRIQUE: ¿Por qué solicita usted el *habeas corpus*?

MARISA (*Cortando la representación.*): Y ahí se quedó. No pudo decir más el meapilas.

AGUSTÍN: Está detenido, pero no está detenido. Se le priva de la libertad, pero no se le priva de la libertad.

BENITO: Es culpable, pero no es culpable.

AGUSTÍN: Podría haber seguido perfectamente. Podría haber demostrado que Dios, en el caso de que existiese, es completamente inocente de todos esos crímenes que le achacáis.

BENITO: Y nos habría ahorrado esta patochada.

AGUSTÍN: Medís con vuestra pobre razón designios para los que no estáis a la altura.

Todos los partidarios de ajusticiar a Dios (MELQUIADES, GONZALO, ENRIQUE, MARISA, RUFINA) gritan juntos.

TODOS: ¡Laicismo! ¡Laicismo! ¡Laicismo! ¡Laicismo! *(Mientras dicen estas palabras desfilan como en una procesión.)*

RUFINA mira el teléfono mientras sus compañeros gritan. Parece haber recibido un mensaje.

RUFINA: Chicos, chicos, chicos. Acabo de recibir un mensaje muy importante. Sólo tenemos que hacer una cosa.

AGUSTÍN: ¿Podemos hacer algo más aparte de juzgar a Dios? ¿Te parece poco lo que estamos haciendo? Te aseguro que esta estúpida empresa ocupa toda mi cabeza y todo mi cuerpo.

RUFINA: Venga, hombre, tú puedes. Formamos ya casi una familia, ¿no? Estamos todos juntos.

BENITO: Tanto como todos juntos... Unos están más juntos que otros, desde luego.

ENRIQUE: No os estaréis enfadando, ¿verdad?

AGUSTÍN: Tantos días con esta tontería me convierten en un idiota.

MARISA: Algo había notado.

MELQUIADES: Calla. Ahora que parece que nos estamos reconciliando.

RUFINA: Bueno, chicos, la cosa: la agencia Reuters nos invita a asomarnos todos a la ventana para que los periodistas nos hagan una foto. Nos dan tres mil euros a cada uno. Tiene que ser natural, como si no estuviese preparado.

BENITO: ¿Y quién te dice a ti que no es una trampa?

AGUSTÍN: Probablemente sea uno de esos grupos terroristas que quieren acabar con esta banda de imbéciles que ha decidido juzgar a Dios.

MELQUIADES: Es verdad. Si nos ponemos todos en el ventanal, les dejamos perfectamente preparada la ejecución.

BENITO: O quizá sea el propio Dios, que ha decidido enviarnos a todos al infierno con un rayo fulminante. Mira, parece que se está preparando una tormenta.

RUFINA: Lo del grupo terrorista no era verdad. Una amiga me lo había mandado y ahora me ha dicho que no está comprobado, que seguramente es una falsa acusación.

AGUSTÍN: Anda, como esto.

ENRIQUE: Pero los euros no parecen de mentira.

MARISA: Deberíamos aprovechar la ocasión.

AGUSTÍN: Veo que de una mentira vais a sacar un verdadero pellizco.

BENITO: Yo no me pongo. Mi cara vale más de tres mil euros.

RUFINA: Podemos negociar con los de la agencia.

BENITO: Es innegociable.

AGUSTÍN: ¿No has oído hablar de los valores incalculables?

GONZALO (*A BENITO*): Tu cara me recuerda mucho a algunos cuadros de Picasso.

BENITO: Pues a mí la tuya no me recuerda a ningún cuadro.

GONZALO. ¿No?

BENITO: No. Me recuerda más bien a los marcos de los cuadros.

GONZALO hace amago de iniciar una persecución tras BENITO. Éste corre y se esconde detrás de la estatua de la justicia.

BENITO: Oh, diosa, protégeme de los feos, protégeme de los que tienen cara de palo, de los que tienen la cabeza de madera, de los que sólo tienen ideas de serrín.

GONZALO lo persigue un poco por el escenario hasta que BENITO termina escapando y sale.

MELQUIADES: Bueno, ¿vamos a hacernos la foto o no?

AGUSTÍN (*Se aparta del grupo.*): Conmigo no contéis.

El resto del grupo (GONZALO, MELQUIADES, RUFINA, MARISA y ENRIQUE) se acercan temerosos, lentamente, hasta que se ponen todos frente a la ventana. Allí quedan un rato en silencio, sonriendo, poniendo cara de foto.

GONZALO: Patata.

RUFINA: ¿Patata?

ENRIQUE: ¡Patata!

MELQUIADES: Patataaaa.

TODOS (*Como si estuviesen en una manifestación.*): Patata, pa-ta-ta, pa-ta-ta, pa-ta-ta, pa-ta-ta, pa-ta-ta, pa-ta-ta.

La última "patata" se rompe con el ruido de un trueno ensordecedor propio de la tormenta. También hay un fogonazo simultáneo. Los que están posando salen despedidos por una fuerza extraña, mezcla de terror y vergüenza, en todas direcciones. AGUSTÍN se levanta con una risa estentórea, casi diabólica, y sale.

Se quedan todos pensativos un rato.

Entra BENITO. Imita a Ernesto Cámara. Inicia una representación jocosa.

BENITO: Manifiéstate. Donde quiera que estés. Tú, el Todopoderoso; tú, el omnipresente, tú el omnisciente. Quiero que nos des explicaciones, a mí y a todos los compañeros de esta humanidad sufriente, permanentemente ajusticiada, represaliada a la mínima queja. ¿Qué te hemos hecho para que nos trates así? Nos ahogamos en este valle de lágrimas mientras tú permaneces indiferente ante el dolor de esos a los que llamas tus hijos. Ya sabemos que no tienes una dirección fija. Eres ubicuo. Estás en esta silla. Estás en el aire. Estás en las piedras. ¡Silla, piedras, aire, yo os invoco, os convoco, os provoco a aparecer ante mí! Sí, yo, el pequeño Ernesto Cámara me atrevo a pedirte que comparezcas ante mí y ante mis hermanos para saldar algunas cuentas que tienes pendientes con nosotros. (*Hace con un papel un avión.*) He hecho copias de mi notificación judicial para que allá donde te encuentres sepas que te acusamos de la guerra de Irak, de la guerra de los Treinta Años, de las guerras Púnicas, de las guerras sin cuartel, de la lepra, de la gripe, de los temblores de tierra, de las olas gigantes, de los incendios, de la bomba atómica, de la bomba de hidrógeno, de la bomba de neutrones, de la bomba de racimo. Como sé que vives en el cielo te mando allá la denuncia. (*Lanza el avión de papel al aire. El avión desaparece en lo alto del escenario.*) Y también la pongo en esta botella para que tú, el inmensamente perdido, vengas a la cita con la justicia... (*Arroja al aire la botella dentro de la que ha colocado el mensaje y se rompe contra el suelo.*) Oh, se ha roto la

botella. Ahora el mensaje se diluirá en el agua del mar. Pero tú puedes leer esos mensajes de tinta disuelta. Los peces los traducirán a la lengua muda de los pájaros del cielo. En la espuma del mar estará escrita la interminable lista de nuestras reclamaciones. Y si no, por el aire. Quemaré estas palabras para que las políglotas lenguas del fuego lleven hasta tus oídos el crepitar de nuestra queja... No había caído, tú eres un espíritu puro. No puedes rebajarte a hablar con nosotros, simples almas con carne y hueso. Necesito un espiritista.

Sale AGUSTÍN, vestido con una sábana blanca.

AGUSTÍN (*Dándole una tarjeta a BENITO.*): Mago de brujería verde, negra y amarilla, experto en apariciones, invocaciones y maldiciones. Güijas baratas, baratas.

BENITO: Perfecto. Vamos a organizar una sesión de espiritismo.

AGUSTÍN: Necesitamos un velador.

BENITO le quita la pata a una mesa desenroscándola.

BENITO: Aquí tienes.

AGUSTÍN: El alfabeto. (*Agita un bote de cristal con unos papeles dentro.*) Una vela hecha con cera de abeja virgen. (*Saca la vela.*)

MARISA (*Aparte.*): ¡Qué obsesión con la virginidad!

BENITO (*Con un vaso en la mano.*): Y un vaso.

AGUSTÍN: Ahora nos sentamos y cerramos los ojos.

Suena un trueno y la estancia se ilumina con el relámpago de una tormenta.

AGUSTÍN: Ay, no, perdón, se me olvidaba. Antes tenemos que leer la cédula. Léala y yo voy transmitiendo.

Mientras BENITO lee, AGUSTÍN, a toda velocidad va moviendo la mano y poniendo el vaso junto a las letras correspondientes al discurso de BENITO.

BENITO: En los autos D-548/2011 seguidos ante este Juzgado...

AGUSTÍN: ¡Eh! Un poco más despacio.

BENITO: ...de lo Penal a instancia de Ernesto Cámara contra Dios, sin apellido conocido, aunque con muchos sobrenombres, tales como Pimpollo, Camino, Monte, Norte, Príncipe de la Paz, Esposo o Cordero.

Vemos el resplandor de un relámpago y escuchamos a continuación un enorme trueno de la tormenta.

AGUSTÍN: Sintetice.

BENITO: Se le conmina a aparecer y asumir las culpas que pesan sobre su infinita conciencia.

AGUSTÍN (*Después de un rato mirando hacia el velador.*): Espera, espera, parece que el vaso se mueve.

BENITO: Pero no he terminado de leer.

AGUSTÍN: Cu-cú.

BENITO: ¿Qué ha dicho?

AGUSTÍN: Cu-cú.

BENITO: ¿Y qué quiere decir?

AGUSTÍN: Me parece que “¿Dónde estoy?”

BENITO: Caca.

AGUSTÍN: ¿Qué dices?

BENITO: Dile que “caca”.

AGUSTÍN: Coco, ahora dice coco. Creo que quiere asustarnos. Dios mío.

BENITO: ¿Eso quién lo dice?

AGUSTÍN: No lo sé. No sé quién lo digo.

BENITO: Madre mía.

AGUSTÍN: Pero, ¿no era padre?

BENITO: ¿De quién estamos hablando? ¡Pobre hijo, vaya lío!

AGUSTÍN: Sólo falta el Espíritu Santo.

BENITO: La guerra del 14, la guerra de los Treinta Años, la guerra...

AGUSTÍN: La verdad es que yo sólo tengo experiencia con espíritus cansados; almas que están en el infierno o ángeles caídos son mi especialidad.

BENITO (*Dejando de hacer teatro. A todos los demás, que han estado observando el numerito.*)

¿No será el diablo? ¿No nos estaremos equivocando? ¿Por qué no juzgamos al diablo? Ah, claro, él sí os parece divertido.

MARISA: Nosotros queremos ir al infierno porque allí se pasa mejor.

RUFINA: Se hacen cosas malas.

MELQUIADES: No se obedece.

GONZALO: Uno piensa por su propia cuenta.

ENRIQUE: No me extraña que se rebelase.

MARISA: Con un amo así de injusto.

RUFINA: Que lo único que quiere es que todo el mundo entone cantos de alabanza a su alrededor.

AGUSTÍN: ¿Ves? Toda esta gente se inclina por el mal.

BENITO: Sinónimo de injusticia.

AGUSTÍN (*Dirigiéndose a la diosa Justicia.*): Ay, diosa, qué va a ser de nosotros.

Se quedan todos pensativos un buen rato, en silencio. Están como absortos, como si un ángel hubiese pasado por allí.

BENITO: ¡Un ángel!

AGUSTÍN: ¿Dónde?

BENITO: ¡Allí!

Los demás hacen un gesto de no querer entrar en la broma.

RUFINA (*Inspirada, sintiendo de nuevo ganas de dramatizar.*): Los testigos, los testigos, están aquí los testigos.

BENITO: ¿Qué testigos?

MELQUIADES: Pues, ¿cuáles van a ser? ¡Los de cargo!

AGUSTÍN: También habrá testigos de descargo, digo yo.

ENRIQUE: Me temo que no. Todos son de cargo, porque cualquier declaración de existencia de Dios es interpretada como acusación.

Se sientan todos en un banco frente a la ventana, preparados para ver un espectáculo en el que ellos mismos van a ser los protagonistas. Detrás de la cortina irán apareciendo varias sombras que se proyectarán sobre el visillo blanco. Cada vez que aparezca un nuevo testigo faltará uno de los miembros del jurado, que irá en primer lugar a colocarse detrás de la parte opaca de la cortina. Cuando desaparezca cada uno de los testigos, reaparecerá el miembro del jurado correspondiente, que se volverá a sentar en uno de los banquillos donde están todos los demás escuchando las declaraciones. La primera en pasar tras la cortina será RUFINA, que hará de TESTIGO 1.

TODOS JUNTOS (Solemnes.): Que pase el primero.

Aparece el primer testigo, sombra cabizbaja, de perfil, con una guitarra en la mano.

AGUSTÍN: Oye, ¿por qué aparecen así? ¿No podemos verles las caras?

GONZALO: Son testigos protegidos.

BENITO: Claro, estamos juzgando a alguien muy poderoso.

TESTIGO 1: ¿Puedo hablar?

TODOS JUNTOS: Adelante.

TESTIGO 1: Yo he visto a Dios en el corazón.

GONZALO: ¿Y quién te hizo el cardiograma?

TESTIGO 1: Esto es en serio. Lo he visto en el dolor y en la alegría. Le he hecho un hueco en mi corazón. Él es mi papito eterno. Es mi Señor, mi Dios, suyo es mi corazón.

AGUSTÍN: Pero ¿puedes llorar en mitad de la alegría y reír en el dolor?

TESTIGO 1: Pues la verdad es que no lo he intentado nunca.

AGUSTÍN: Mal hecho. Este ni siquiera ha leído al Papa. Debe de ser de alguna secta de esas de cantantes. No nos vale. ¡Siguiente!

TESTIGO 1: ¿Puedo cantar una canción?

AGUSTÍN: ¿No veis? Ya os lo decía yo. ¡Siguiente!

TESTIGO 1: Sólo una canción. He estado preparando este momento durante tanto tiempo. (*Canta.*)

Con nosotros está / y no le conocéis. / Con nosotros está. / Su nombre es el Señor.

Suena un tremendo trueno.

AGUSTÍN: Por favor, que se lo lleven. Ya hemos tenido un diluvio.

TESTIGO 1: Por favor. Llevo muchos años esperando este momento. Está dedicado a toda esa soberbia que tenéis en vuestro corazón vacío. (*Canta.*) Yo pensaba que el hombre / era grande por su poder, / grande por su poder. / Yo pensaba que el hombre / era grande por su poder, / mas grande sólo es Dios.

AGUSTÍN: No más, por favor, no más.

MARISA: Pero ¿qué pasa?

AGUSTÍN: Que qué pasa. ¿Tú sabes lo que me cuesta quitarme de la cabeza una de esas canciones?

BENITO: Yo las llamo canciones moco.

MARISA: No son tan pegadizas. Si no fueses creyente, no se te pegarían.

ENRIQUE: Es verdad, sólo se pegan a los creyentes.

AGUSTÍN: No me la quito ni a cabezazos. (*Canta.*) Yo pensaba... (*Se da un cabezazo.*) (*Canta.*)

Con nosotros está... (*Se da otro cabezazo.*) (*Canta.*) Que el hombre era grande por su poder...

(*Desesperado, se introduce detrás de la cortina.*)

BENITO: Siguiendo.

Entra una sombra gorda, AGUSTÍN haciendo de TESTIGO 2. Va con un puro en la boca. La silueta es la típica del banquero en los cómics.

TESTIGO 2: Yo he visto a Dios en el dinero.

MELQUIADES: ¿En la efigie?

TESTIGO 2: No.

MELQUIADES: ¿Dónde? ¿En la cara o en la cruz?

TESTIGO 2: El dinero es la perfecta representación de Dios en la Tierra. Puede transformarse en cualquier cosa. Mueve las montañas. Compra las voluntades. Está en todos sitios.

MARISA: Si ya decía yo que no había nada bueno en Él.

MELQUIADES: ¿Cómo lo descubrió?

TESTIGO 2: Un día de desesperación. Estaba enamorado. No tenía esperanza. Cogí el coche. Me fui al club Los ángeles de Charlie. Pedí una copa. Descubrí que el dinero abría los corazones... Y las piernas. Me olvidé del amor. Una cara se cambiaba por otra; un cuerpo, por otro. El dinero era como una varita mágica.

MARISA (*Tomando notas.*): Ya lo decía yo. Ya lo decía yo. El dinero huele a sacristía.

BENITO: Siguiente.

MARISA: Pero ¿no vas a escucharle?

BENITO: Sí, ya lo he oído. Que vaya a confesarse a otro sitio.

MARISA: Este hombre es un sabio (*Hablando del TESTIGO 2*). No tiene ninguna necesidad de confesarse. Ya lo decía yo, que también soy algo sabia.

BENITO: ¡Siguiente!

MARISA: Esto es insoportable. Yo me largo de aquí.

MARISA se mete detrás del cortinón. El TESTIGO 2 desaparece detrás del otro cortinón. Entra AGUSTÍN. Aparece la sombra del TESTIGO 3, representada por MARISA. Tiene el aspecto de una bruja.

TESTIGO 3: “Yo lo he oído maldecirnos a todos. (*Leyendo un libro.*) Maldito serás en la ciudad y en el campo. Maldita será tu canasta de frutos y tu reserva de pan. Maldito el fruto de tus entrañas y el fruto de tus tierras, los partos de tus vacas y las crías de tus ovejas. Maldito serás cuando salgas y maldito también cuando vuelvas. Yahvé mandará la desgracia, la derrota y el susto sobre todo lo que tus manos toquen, hasta que seas exterminado, y perecerás en poco tiempo.”

BENITO: Suena bonito.

GONZALO: Así se las gasta.

MELQUIADES: Véase con claridad la prueba.

RUFINA: Culpable.

ENRIQUE: Culpable.

MARISA sale del cortinón.

MARISA (*Triunfal.*): Culpable.

BENITO, que hará de TESTIGO 4, se mete tras el cortinón.

TESTIGO 4: Yo he visto a Dios en las serpientes, porque ellas son el símbolo del conocimiento, y el conocimiento es la divinidad. Dios no es otra cosa que nuestra conciencia. Si uno conoce el acero, conoce a Dios en su dureza indomable, aunque tenga la forma del chorlito. Si uno conoce el oro, conoce a Dios en el brillo del agua densa bajo la luz del sol. Si uno conoce el azufre, recibe una lección de abismo, la que se aprende en el vértigo de los campanarios antes de ir al centro de la tierra.

MELQUIADES: Vaya, se ha puesto poético.

MARISA: Aquí estamos hablando en serio.

GONZALO: Vete a pedir a la puerta de una iglesia. (*Despectivo.*) ¡Poeta!

RUFINA: ¡Cantamañanas!

RUFINA vuelve a meterse tras el cortinón, y aparecerá tras el visillo como TESTIGO 5.

TESTIGO 5: Yo le acuso de ser como un niño que mata moscas para guardarlas en una botella.

BENITO: ¿Qué hay de malo en ello?

TESTIGO 5: Pues que las moscas somos nosotros.

BENITO: Hay grandeza en ese espectáculo infantil.

Desaparece el TESTIGO 5. Entra RUFINA. Sale MELQUIADES, TESTIGO 6.

TESTIGO 6: Yo le acuso de ser un Dios a medias, impotente para evitar el sufrimiento de los seres humanos. Por tanto, si existe, es sólo un Dios sin terminar.

AGUSTÍN: Anda, como nosotros.

Desaparece el TESTIGO 6. Entra MELQUIADES. Sale al mismo tiempo GONZALO, TESTIGO 7.

TESTIGO 7 (*Apresurado.*): Yo le acuso de hacernos esperar toda una eternidad para alcanzar la felicidad.

Desaparece el TESTIGO 7. Aparece GONZALO. Sale ENRIQUE. Aparece la sombra del TESTIGO 8. AGUSTÍN empieza a dar muestras de cansancio.

AGUSTÍN: ¡Coñazo de felicidad!

TESTIGO 8 (*Arrastrándose por el suelo.*): Yo le acuso de obligarnos a buscar nuestro destino en el cielo.

AGUSTÍN: Bueno, algo de celestes tenemos.

MARISA: Serás tú. Yo soy completamente terrenal.

AGUSTÍN se levanta y tira de la cortina que protege a los testigos. Queda ENRIQUE al descubierto.

AGUSTÍN (*Queriendo cambiar el sentido de la representación.*): Eh, tú, fantasma, sal de ahí.

Vuelven a quedar todos pensativos. Lamentan que se les haya fastidiado ese momento en el que han estado a punto de coincidir en algo.

AGUSTÍN (*Levantándose con energía.*): ¿Queréis teatro?

Coge la toga del JUEZ, que había quedado colgada de la estatua cuando salió el JUEZ.

BENITO (*Señalando al sillón historiado y eclesial.*): Que se siente el acusado.

Esperan un rato, como si estuviesen todos atentos a que fuese a producirse cualquier milagroso movimiento y el acusado estuviese a punto de aparecer.

BENITO: Parece que le cuesta personarse en esta causa contra él mismo. En fin, ya que no aparece, lo juzgaremos *in absentia*, como a tantos prófugos.

AGUSTÍN: Señoría, el acusado está aquí, pero no entendemos las señales de su presencia.

BENITO: Aquí se habla en español. Además, se supone que Dios sabe español. Ya lo decía el rey Carlos I: "Hablo el español con Dios; el italiano, con las mujeres; el francés con los hombres; y el alemán con mi caballo".

AGUSTÍN: No sé si será una prueba suficiente de que esa sea la lengua franca divina. En otras versiones de esa misma crónica se dice que el rey utilizaba el español para las damas y en otras para las tropas.

BENITO: Confiamos en la autoridad del monarca y en la del pueblo que ha mantenido con orgullo esas palabras, aunque sean falsas.

AGUSTÍN: ¿Y si estuviese en el relincho de los caballos el secreto de su presencia?

BENITO: Según eso, podemos recurrir al alemán. Pero si lo encontramos en el relincho de los caballos, por lógica también debería estar en el canto de los pájaros.

AGUSTÍN: O en las motas de polvo iluminadas por la luz del sol.

BENITO: O en el giro de las moscas que huyen de las arañas.

AGUSTÍN: O en el galope de las cebras.

BENITO: ¿Y quién podría interpretar todas esas señales?

AGUSTÍN: He oído decir que hay un poeta chino que veía a las nubes despedirse de él, que oía reírse a los crisantemos de su cama vacía, descubrir la intención de la brisa. A veces hablaba con pinos.

BENITO: ¿De qué puede hablar un pino si no es de Dios?

AGUSTÍN: Sí, pero para conseguir a ese intérprete vamos a necesitar de nuevo invocar a los espíritus.

BENITO: ¿Falleció?

AGUSTÍN: Hace ya trece siglos.

BENITO: ¿Y no podemos encontrar a otro con ese mismo don de lenguas desconocidas?

MARISA: Protesto. ¡Sólo faltaba, acudir a poetas y adivinos para averiguar la exactitud de nuestras acusaciones!

BENITO: Quizás aportasen un poco de razón en este disparate.

AGUSTÍN: ¿En qué sentido? Estarían más en su salsa que nosotros.

BENITO: Mejor seguimos con la ausencia. Se inicia el proceso contra el Altísimo, conocido en otras latitudes y tiempos como Yahvé, Zeus, Alá... Se le acusa de actuar de modo premeditado contra la humanidad, que ha sido sometida, según los testimonios recogidos, a todo tipo de violencia natural, mental, sanguínea, ósea, telepática, emocional y una larga lista que sería agotador enumerar, por lo que prescindo de hacerlo y remito a la documentación alegada por la acusación.

AGUSTÍN: Protesto, Señoría.

BENITO: Su protesta...

AGUSTÍN: Este proceso atenta directamente contra el principio de *audiatur et altera pars*. El acusado no se puede defender, no podemos oír a la otra parte.

BENITO: Si es el Todopoderoso, puede.

AGUSTÍN: Todos sabemos que Dios murió.

BENITO: Pero luego resucitó.

AGUSTÍN: Y se fue a los cielos.

BENITO: Allí le hemos mandado la notificación, vía satélite, en transmisión radiofónica por todo el universo. Escuche.

BENITO (*Imitando la voz de una retransmisión con defectos, que cambia de velocidad.*): Atención, atención, se hace saber a Dios que debe personarse en alguno de sus avatares o individualidades de su trinidad ante el Juzgado de lo Penal número... (*Suena ruido emitido por AGUSTÍN y no podemos identificar las palabras que siguen.*) por las causas abiertas contra él.

BENITO: ¿Suficiente?

AGUSTÍN: Muy mala calidad.

BENITO: Por lo visto ha habido una terrible tormenta solar.

AGUSTÍN: No he notado nada.

BENITO: Como el común de los mortales. Pero nuestros telescopios sí. ¿Quiere verlo?

AGUSTÍN: Sí.

BENITO le enseña la película en su teléfono móvil.

AGUSTÍN: Pero no lo he oído. ¿Cómo puede ser que una bola tan inmensa de fuego, ciento diez veces mayor que la Tierra, no tenga truenos en sus tormentas?

BENITO: Por lo visto es un sonido demasiado terrible para los mortales. Por eso el Sol está a ciento cincuenta millones de kilómetros. Quizá para que Dios nos proteja de los bramidos solares.

El resto del jurado hace cada vez más señales de desaprobación y hartazgo ante el numerito de BENITO y AGUSTÍN.

BENITO: Señores del jurado, de seguir en esa actitud me veré en la obligación de expulsarlos de la sala. (A AGUSTÍN.) Volviendo a lo nuestro: lo único que puedo hacer es reproducir la grabación del sonido que han recreado en la NASA.

BENITO le da a un botón de su teléfono y suena un sonido extraño, mitad música, mitad rugido.

AGUSTÍN: Insisto, Señoría, es profundamente injusto no permitir la defensa propia.

BENITO: Si su omnipotencia es la que imaginamos, seguramente está defendiéndose, incluso con ese sonido que acabamos de escuchar. Cada prueba en su contra él probablemente estará contestándola con el crujir de la madera; cada acusación la discute con las sombras de la sala. Por ejemplo, ahora mismo nos está diciendo con las facciones inexpresivas de este rostro (*Señalando a ENRIQUE.*) que la estupidez humana fue creada para demostrar de modo extremo, mediante una paradoja, a la que es tan aficionado el creador, la infinita bondad divina.

AGUSTÍN: Pero eso es un juicio paralelo.

BENITO: Sí, son dos líneas de sentido que jamás se tocan.

AGUSTÍN: Dos sentidos paralelos, sin sentido común, suman un sinsentido.

BENITO: Dada la omnisciencia del actor, lo damos por enterado de todas y cada una de nuestras intervenciones e interpretamos su silencio como una voluntaria ausencia. Además, durante el periodo que dure el juicio, la pena preventiva lo inhabilita para ejercer su derecho a la custodia de todos los pobres y desamparados de este mundo. Tampoco podrá conducir vehículos a motor, ni llevar armas de cualquier tipo. Bajo ningún concepto podrá residir en aquellos lugares en los que ha cometido alguna de las presuntas fechorías de las que está siendo acusado. Deberá mantenerse a

una distancia mínima de cien metros en relación con sus víctimas. Y nadie podrá reprocharle que le haya abandonado.

AGUSTÍN: En esas condiciones, el único lugar en el que podrá residir será el domicilio de Baucis y Filemón. Son los únicos que recibieron a los dioses cuando todas las puertas se les cerraban. Allí comieron un repollo cocido que les supo a gloria. Como no tenían suficiente vino, los dioses llenaron las tinajas, pues para su nivel de ebriedad necesitan siempre mucho más de lo que suele contentar a un mortal.

BENITO: Sí, pero ese es un lugar mítico. Acuérdate de lo que pasó con todos los demás que no habían abierto las puertas a los dioses, a ese tipo sospechosamente promiscuo montado sobre un águila, con un rayo en la mano, y ese otro que le acompañaba, con unas alitas de pollo vivas en los pies y en la cabeza un casco viejo de moto. Los ahogó a todos. (*Sigue con su acusación.*) Acusamos a Dios de los delitos continuados de atropello a la humanidad. Es él el inventor del dolor y de la muerte. Aunque esta última fue concebida en el ejercicio de su derecho a la creación, desempeñando el cargo de magistrado supremo de todos los hombres, y por muy merecidas que fuesen las acciones que lo llevaron a la expulsión del paraíso y al desencadenamiento del Diluvio Universal, no deja por ello de constituir un delito en cuya realización se aprecia un plan preconcebido con el que se infringe reiteradamente el derecho a la vida recogido en todas las legislaciones vigentes hasta el momento, incluso en las que ponen objeciones excepcionales al disfrute de dicho derecho.

AGUSTÍN: Protesto, Señoría. El derecho a la vida es posterior a la instauración de la muerte. Por tanto, no podemos acusar a nadie de un delito que no existía cuando se cometió.

BENITO: En las leyes que protegen la vida se dice claramente que se trata de un derecho universal. Ese carácter abarca todos los tiempos, incluidos los anteriores a su promulgación.

AGUSTÍN: En defensa de mi acusado, expondré dos circunstancias que deberían considerarse como atenuantes. En primer lugar, el actor ha confesado públicamente sus acciones.

BENITO: Sí, pero no a las autoridades judiciales competentes.

AGUSTÍN: Las ha confesado a las autoridades religiosas, que en aquella época eran también las que impartían justicia. Además, nuestro código penal considera también eximente la circunstancia de que el infractor cometiese el delito bajo el efecto de alguna sustancia embriagadora o estupefaciente. Hay pruebas de que bebía con frecuencia vino, hasta el último momento. En la conocida como Última Cena, era tal su adicción, que llegó a convertir su sangre en vino. Y todos conocemos el famoso milagro de las bodas de Caná, cuando convirtió el agua de seis tinajas en vino de una gran calidad. Así pues, desde el primer milagro hasta el último, el vino aparece continuamente, en grandes cantidades. Por no hablar de las bacanales y de otras ceremonias en otras religiones.

BENITO: Imposible considerarlo como una grave adicción. Se supone que era vino ofrecido a los demás. Siempre con un carácter simbólico, en analogía con la sangre. Además, el vino está en general mal visto en la Biblia. Si uno lee los informes de la Sociedad para la Abstinencia Total o los realizados por los Reformadores de la Temperancia, descubre que hay, basadas en una interpretación fundada, miles de condenas al uso y al abuso del vino en la Biblia. Pensemos en cómo terminaron las borracheras de Noé o de Lot, hombres justos que por culpa del vino cometen pecados.

AGUSTÍN: Pues de lo que no cabe ninguna duda es de que la humanidad, algunos de cuyos integrantes tenemos aquí presentes (*Señalando al resto de miembros del jurado.*), ha podido estimular al Actor para sumirlo en un estado de arrebato que le haya inducido a actuar de modo obcecado contra sus víctimas. Sirva como prueba cualquiera de estos individuos, capaces ellos solos de sacar de quicio a la más serena y justa divinidad y despertar en ella una violencia inaudita en el Altísimo. Esta misma estatua está a punto de derribarse justamente sobre alguno de los miembros del jurado. (*Los que están debajo se levantan asustados.*)

MELQUIADES: Protesto.

ENRIQUE: Protesto.

RUFINA (*Dejando por un momento el teléfono.*): Protesto.

GONZALO: Protesto.

MARISA: Yo no sólo protesto, sino que estoy completamente harta de tanta tontería. Apestáis a picapleitos, con toda esa solemnidad. (*Imitando a AGUSTÍN.*) “Ha podido estimular al Actor para sumirlo en un estado de arrebató...” Bla, bla, bla. Juraría que estamos aquí para hacer un juicio serio. Y os recuerdo, además, que los abogados no pueden participar en un jurado popular.

AGUSTÍN: Estupendo. Que me echen de una vez. No aprobé la carrera, pero te aseguro que sería capaz de terminarla en una hora sólo por que me expulsasen de este jurado injusto, basado precisamente en la incompetencia de las personas. Y ahora en serio, ya que lo quieres así, nosotros estamos argumentando. Es nuestra manera de hacerlo. Así que te callas, y cuando te toque, actúas. Así podré entender tus razones.

MARISA: Esto del teatro no me convence, no es algo formal. Es sólo un entretenimiento.

BENITO: Os recuerdo que habéis empezado vosotros.

GONZALO: En el fondo se trata de un juicio político. Esas pantomimas que estáis haciendo no son políticas.

AGUSTÍN: Quizá no sean políticamente correctas, pero sí son políticas. El teatro es una de las acciones más profundamente políticas del ser humano. Y ahora me pregunto: ¿qué es más político, juzgar a Dios o dejar de juzgarlo?

El jurado al completo queda meditando en la pregunta.

BENITO: (*Después de unos instantes, dirigiéndose al sillón vacío, sede del acusado.*) Y a usted le recuerdo que la ausencia recalcitrante, el silencio y la no comparecencia pueden considerarse conductas disruptivas, lo que nos obligará a seguir adelante en este juicio *in absentia*.

AGUSTÍN: Insisto, no podemos condenar a alguien que ya ha muerto.

BENITO: Lo condenaremos en efigie.

AGUSTÍN: Y cuando haya que ejecutar la sentencia, ¿van a recoger todos sus pedacitos para ajusticiarlo?

BENITO: Para eso están las reliquias, testimonio de la vida de Dios.

AGUSTÍN: ¿Y qué vamos a hacer con las briznas de paja de la cuna de Belén, con las esponjas empapadas en vinagre, con todos los trozos de *lignum crucis*, con los escalones de la casa de Pilatos que venden los anticuarios, con las espinas repartidas por el mundo de una misma corona?

BENITO: Pues muy fácil: haremos una pira con todos esos objetos.

RUFINA: Podríamos hacerlo la noche de San Juan.

GONZALO: Así terminaremos de una vez con la presencia de Dios sobre la Tierra.

MARISA: Seremos libres.

MELQUIADES: Nada nos impedirá amarnos.

AGUSTÍN: Ni odiarnos.

ENRIQUE: Acabaremos con la dictadura del espíritu.

RUFINA: Será por fin el reino de la carne.

GONZALO: Démonos un abrazo.

MELQUIADES: En el nombre de...

RUFINA: ¡En el nombre...!

ENRIQUE: En el nombre del hombre.

AGUSTÍN: Y ¿quién va a encarnar al hombre?

MELQUIADES: Todos y cada uno de nosotros.

ENRIQUE: Seremos un millón de dioses.

AGUSTÍN: Un poco limitados, eso sí.

ENRIQUE: Limitados para cometer atrocidades.

GONZALO: Pasemos al capítulo de agravantes.

BENITO: Y al de atenuantes.

AGUSTÍN: Incluso al de eximentes.

GONZALO: Para mostrar su estilo, basta recordar uno de sus últimos crímenes: el terremoto de Japón.

ENRIQUE: Seguido del maremoto.

MARISA: Seguido del desastre nuclear.

RUFINA: Incluso nevó sobre los equipos de salvamento.

GONZALO: No sólo denegó la ayuda a los necesitados. Envió una ola gigante que devastó la costa norte del país.

ENRIQUE: Las casas eran arrastradas como plumas por la corriente. Los coches huían delante de la espuma sangrienta. Casi nadie tenía escapatoria.

GONZALO: Además, fundió los motores de refrigeración de la central nuclear.

ENRIQUE: El núcleo empezó a arder.

GONZALO: Finalmente explotó.

ENRIQUE: Hubo fugas radioactivas.

GONZALO: Se contaminaron las lechugas recién plantadas.

ENRIQUE: Las fresas de primavera.

GONZALO: Las algas.

ENRIQUE: Los atunes.

GONZALO: Hubo racionamientos entre la población.

GONZALO: Es la ira de Dios.

MELQUIADES: Un Dios sordo a nuestros lamentos.

GONZALO: ¡Injusticia!

MELQUIADES: El padre castiga a sus hijos.

GONZALO: El delito se ha cometido con alevosía.

ENRIQUE: Aseguró mediante tres desastres la consecución de su propósito.

GONZALO: Ha abusado de la superioridad, aprovechando la ubicuidad y la invisibilidad que le caracterizan y la ayuda de su creación imperfecta con la intención de evitar que las víctimas se defendieran. No ha permitido que sus criaturas se prestasen ayuda mutua.

ENRIQUE: Tampoco ha permitido en ningún momento una posible respuesta de las víctimas.

MARISA: Ha sido por discriminación ideológica.

RUFINA: No pensamos como Él.

MARISA: Por discriminación étnica, por racismo.

RUFINA: Somos simples mortales.

MARISA: Por discriminación sexual.

RUFINA: Él no tiene sexo.

AGUSTÍN: No, no, perdona. Yo soy más bien partidario de pensar que, como sus ángeles, no es un ser asexuado, sino todo lo contrario, infinitamente sexuado. Él disfruta de una inabarcable gama de posibilidades sexuales, como un caleidoscopio que gira sobre las innumerables formas de deseo cumplido en su propio desear. Un mundo de atracciones que sólo se detiene en imparables dependencias. Mirad el cielo, lleno de estrellas y planetas en perpetuo movimiento de aproximación. Eso es él. Es hacia allí hacia donde hay que ir, hacia esa insaciable pluralidad de órbitas, y no empeñarse en...

ENRIQUE (*Cortándolo.*): Vaya, nos ha salido teólogo.

AGUSTÍN: No, perdona. Si no fueses tan gilipollas estaría también hablando de ti.

MARISA: Ha aprovechado nuestra minusvalía, que él conoce bien, pues nos hizo sólo hasta cierto punto a su imagen y semejanza.

RUFINA: No nos dio alas.

MELQUIADES: Ni el don de la ubicuidad.

ENRIQUE: Ni la omnipotencia.

GONZALO: Ni la omnisciencia.

BENITO: Yo quiero aportar un atenuante.

GONZALO: ¿Cuál?

BENITO: Los meteoritos.

GONZALO: ¿Te refieres al que provocó la extinción masiva del Cretácico? Te recuerdo que las consecuencias del impacto causaron la desaparición del cincuenta por ciento de las especies que

habitaban la Tierra por aquel entonces. Podríamos empapelarlo por injusticia con las especies desfavorecidas.

BENITO: ¿Desfavorecidos los dinosaurios?

GONZALO: Con la nube de polvo que levantaría semejante chinarro no creo que sea posible mucho favor.

BENITO: Quizás gracias a ese acontecimiento el hombre pudo llegar a ser lo que ahora es.

GONZALO: Al contrario. Yo veo un intento de extinción del género humano en grado de tentativa.

BENITO: ¿Y cómo explicamos la creación de la atmósfera? Miles de meteoritos chocan contra ella día y noche, pulverizándose. Incluso se nos permite disfrutar del espectáculo al ver los pedazos luminosos de todas esas amenazas nocturnas que se abaten sobre nosotros.

BENITO: ¿Podemos pedir una mayor protección?, ¿una mayor belleza?

RUFINA (*Gritando y mirando su teléfono.*): ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios mío!

AGUSTÍN: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Todos se acercan a RUFINA para ver qué ha ocurrido.

MELQUIADES (*A AGUSTÍN.*) Agua.

AGUSTÍN (*A MARISA.*): Agua.

MARISA (*A BENITO.*): Agua.

ENRIQUE: ¡Una bomba atómica! Ahora lo entiendo todo. Desde que mataron a Bin Laden han estado guardando la bomba en algún lugar de Europa.

RUFINA: Al Qaeda, ha sido Al Qaeda.

GONZALO: Pero no puede ser.

MELQUIADES: Me temo que sí.

MARISA: Todo por culpa de Dios.

RUFINA: No vamos a salir vivos de aquí.

MELQUIADES: Los creyentes van a acabar con nosotros.

GONZALO: Corre, cierra las ventanas. Ahora ya tengo la seguridad de que lo de antes no fue más que una trampa.

MELQUIADES, RUFINA y MARISA corren a cerrar la ventana por donde se asomaron antes. Llamam a la puerta. Todos, menos AGUSTÍN y BENITO, se esconden detrás de la estatua de la Justicia.

AGUSTÍN va a abrir.

RUFINA: No abras.

ENRIQUE: Ya lo decía yo, están compinchados.

GONZALO corre a cerrar la puerta con cerrojo.

MELQUIADES: Espías de los terroristas.

GONZALO: Desde el primer momento lo sospeché.

ENRIQUE: Con todo vuestro teatro.

RUFINA: Farsantes.

GONZALO: A por ellos.

MARISA: Seguro que llevan una bomba debajo de la ropa.

RUFINA: Desnúdalos.

ENRIQUE le arranca la camisa a AGUSTÍN. Al descubrir el torso vemos que tiene un montón de cables con ventosas pegadas a la piel y un aparato electrónico en mitad del pecho unido al cuerpo mediante un trozo de esparadrapo.

RUFINA: Mirad, mirad.

MELQUIADES: Es un hombre bomba.

MARISA: ¡Socorro!

Vuelven a llamar a la puerta.

VOZ (*Desde fuera.*): ¿Qué pasa ahí dentro?

AGUSTÍN: Si no hacéis lo que yo diga le doy ahora mismo al detonador.

Todos se quedan callados. RUFINA se pone a llorar, con un ataque de histeria.

VOZ (*Desde fuera.*): ¿Por qué tienen cerrada la puerta?

AGUSTÍN: Secreto del sumario.

VOZ (*Desde fuera.*): Les quedan veinte minutos para terminar el veredicto.

AGUSTÍN: Enseguida lo acabamos. Hemos estado perdiendo el tiempo. Ahora vamos a levantar la acusación. (*A GONZALO.*) Tú, gusano, ¿crees que Dios es todopoderoso?

GONZALO: Sí.

AGUSTÍN. Entonces ¿por qué lo escribes con minúscula en tus notas?

GONZALO: Era muy malo con la ortografía en el colegio.

AGUSTÍN: ¿Reconoces que tenías una ortografía del diablo?

GONZALO: No me queda más remedio.

AGUSTÍN: Pero ¿tú sabes que Dios es un nombre propio?

GONZALO: Depende de si estamos en una religión politeísta o monoteísta.

AGUSTÍN: Así que depende. ¿A cuántos dioses estamos juzgando?

GONZALO: A todos.

AGUSTÍN: ¿A cuántos conoces?

GONZALO: Habré oído hablar de unos doscientos.

AGUSTÍN: Muy bien. Ahora vas a escribir unas doscientas veces: "Dios se escribe con mayúscula".

GONZALO, obediente, empieza a escribir.

BENITO: Creo que no es necesaria tanta crueldad.

AGUSTÍN: ¿Cómo que no es necesaria? ¿Ellos quieren un dios injusto? ¿Quieren un representante que esté a su altura, que se corresponda con la idea que tienen de Él? Pues aquí lo tienen, según ellos.

BENITO: Prefiero otro tipo de dioses.

AGUSTÍN: Y yo. Aunque no estoy seguro de que se pueda elegir.

BENITO: Probablemente tenemos los dioses que merecemos.

GONZALO: Nosotros no queremos dioses. Estamos aquí, esperando en cualquier momento salir volando, por una bomba atómica o por una casera, da igual. No sabemos tampoco si seremos los últimos habitantes del planeta. Y vosotros discutiendo sobre lo divino y lo humano.

BENITO: Yo seguiré discutiendo sobre lo divino y lo humano hasta el último momento.

Suena la canción “El último habitante del planeta”. Canta Gema Corredera y le acompaña Mastretta. El sonido puede estar ligeramente amplificado y algunos actores pueden cantar a la vez.

El último habitante del planeta / contó el dinero y se tomó su tiempo. / Pensó gastarlo todo en una noche. / Para qué lo iba a guardar. / Primero ver qué estrenan en el cine. / Después, mi restaurante favorito. / Buscó en su agenda con una sonrisa / para ver a quién llamar. / Y pensó: “¿quién será tan feliz como yo? / Gira el mundo a mis pies / para mí porque sí”. / Cazó una mosca al vuelo con desgana. / Cerró la mano y la agitó despacio. / Contó uno dos tres cuatro, cuatrocientos. / Luego la dejó volar. / Y pensó: “¿quién será tan feliz como yo? / Gira el mundo a mis pies / para mí porque sí”. / El último habitante del planeta / miró al espejo y vio su propia cara. / Palpó la superficie con los dedos / y le pareció brillar.

BENITO (*Cogiéndole el teléfono.*): ¿A ver? (*Después de trastear un poco con el teléfono y dirigiéndose a Rufina.*) Pero ¿a ti qué te pasa? Esta explosión que tienes aquí es de hace más de veinte años. Es una explosión de prueba en el Pacífico. He participado hace veinte años en la última manifestación contra ella.

AGUSTÍN: Da igual. Eso tiene que ser necesariamente cosa suya. (*A ENRIQUE.*) A ver, tú (*Dándole una colleja en la nuca.*), ahora mismo te vas a poner a levantar acta de nuestro veredicto. Escribe.

Hay un personaje que entra sin ser visto y se oculta detrás de la estatua de la justicia. Baja desde el telar por una cuerda. Se trata del PERIODISTA. Lleva una cámara de fotos colgada del cuello.

AGUSTÍN (*Descubriendo al PERIODISTA.*): Otro terrorista.

El PERIODISTA les hace fotografías, disparando con su flash, como para defenderse. Todos se ponen nerviosos y huyen de los fogonazos. RUFINA y MARISA gritan.

MELQUIADES: Socorro.

ENRIQUE: ¡Dios mío!

BENITO: ¿Tú también? ¡Qué alto has caído!

ENRIQUE: No te rías de mí.

BENITO: Si quieres, te enseño a rezar.

AGUSTÍN (*Señalando al PERIODISTA.*): Mejor lo atáis.

ENRIQUE, GONZALO y MELQUIADES se tiran a por el PERIODISTA.

PERIODISTA: ¡Viva la libertad de expresión!

ENRIQUE: ¡Farsante!

AGUSTÍN: Vas a ser testigo privilegiado de nuestro juicio.

RUFINA: ¿Has traído el dinero?

PERIODISTA: ¿Qué dinero?

MARISA: No te hagas el tonto. Nos has hecho quince fotos. A tres mil cada uno..., calcula.

MELQUIADES: ¿Terrorista o periodista?

PERIODISTA: Calcula.

AGUSTÍN: ¿Qué más da? Los dos tienen una increíble necesidad de ser escuchados.

BENITO: En el fondo los dos son huérfanos de Dios.

GONZALO le pone una mordaza.

AGUSTÍN: No te preocupes, yo te escucho. (*Le hace cosquillas.*) ¿Cómo? No te entiendo. Un poco más alto. (*Le hace más cosquillas. El PERIODISTA se ríe con la mordaza puesta.*) Eso es lo que os falta a vosotros: la jovialidad. Y ahora que la has encontrado, no te dejan expresarte. En fin, gajes del oficio de vivir.

MARISA: Regístralo. Seguro que lleva el dinero.

RUFINA lo registra. De repente, de uno de los bolsillos saca una navaja.

RUFINA: Una navaja, lleva una navaja.

El PERIODISTA ruge con la mordaza puesta. MELQUIADES, RUFINA, MARISA, GONZALO y ENRIQUE se apartan con la sensación de que en cualquier momento va a estallar como un hombre bomba.

AGUSTÍN: Confiesa, te gustaría ver cómo quemamos una Biblia, un Corán, un Libro de los Muertos, el Talmud. Irías enseguida a enseñarle a todo el mundo las llamas. Eres experto en hacer amigos. Venderías nuestras vidas por cien euros.

GONZALO: Oye, pues no estaría mal. Sería una buena lección. Yo lo había pensado. En la condena podríamos incluir una especie de auto de fe con una quema simbólica de todos los libros sagrados.

AGUSTÍN: ¿Vosotros sabéis por qué reza el diablo?

GONZALO: No sabía.

AGUSTÍN: Es más fiel que Dios a Dios.

GONZALO: ¿Por qué?

AGUSTÍN: Se negó a postrarse ante gente como vosotros.

GONZALO: Yo no pido adoración a nadie.

AGUSTÍN: Pero Dios sí lo hace, o al menos se dice que alguna vez lo hizo, que pidió a sus ángeles que nos adorasen.

GONZALO: Ya está el antropocéntrico. Una vez superamos el geocentrismo, nos hicimos antropocéntricos. Ahora tenemos que superar también esa vieja obsesión de creernos el ombligo del mundo.

MELQUIADES: Sí. No son más que atavismos religiosos. El antropocentrismo es hijo del teocentrismo. La Tierra dejó de ser el centro del universo, pero nos dio tanto vértigo que convertimos al hombre en un Dios.

AGUSTÍN: Exactamente así lo hace la religión, convierte al hombre en una criatura privilegiada. Ya digo, pidió a todos los ángeles que se postraran ante nosotros. Y uno de ellos se negó. Os podéis imaginar de quién estoy hablando.

MELQUIADES, RUFINA, GONZALO, MARISA y ENRIQUE hacen carantoñas diabólicas.

AGUSTÍN (*Se levanta la camisa para mostrar sus cables.*): Me alegro de que a veces os olvidéis de que estáis a punto de saltar en pedazos.

MELQUIADES: Qué simpático, el verdugo.

AGUSTÍN: Entre el barro y el fuego, Dios eligió el barro.

RUFINA: El diablo es fuego y barro el hombre, ¿verdad?

MELQUIADES, MARISA y GONZALO (*Simultáneamente.*): Lo has pillado, lo has pillado.

RUFINA: ¿Y cómo termina?

AGUSTÍN: No ha terminado.

RUFINA: ¿Cómo que no ha terminado?

AGUSTÍN: ¿Crees que el diablo no sigue rezándole a Dios?

RUFINA: ¿Para qué?

AGUSTÍN: Para que llegue por fin un hombre que deje de adorarlo a él, al diablo, resista a su permanente tentación, le rompa la cerviz y le obligue a postrarse ante él, ante el hombre, como en su momento le ordenó su Señor.

RUFINA: Me he perdido. Qué historia más enrevesada.

AGUSTÍN: Dios no es el de las líneas rectas.

MELQUIADES: ¿Y ese hombre que le dará una buena colleja al diablo quién es? ¿Stalin, Marx?

AGUSTÍN: Me temo que es cosa de todos. Yo me niego a quemar libros. Si no me gustan, hago aviones de papel.

RUFINA: Menuda escuadra te saldría con la Biblia.

El PERIODISTA manipula un teléfono.

MARISA (*Señalando al PERIODISTA.*): ¡Tiene un detonador! ¡Tiene un detonador!

BENITO (*Arrebatándole el teléfono.*): No es un detonador, es un teléfono.

ENRIQUE: Muchos terroristas accionan las bombas con teléfonos móviles.

BENITO: En todo caso, sea una bomba o sea un jefe de redacción lo que hay al otro lado de la línea, ¿a alguien se le ocurre una canción que le podamos dedicar?

TODOS: Ayatolah no me toques la pirola, Ayatolah no me toques la pirola, Ayatolah no me toques la pirola más.

Luego pisotean el teléfono al ritmo de la canción.

AGUSTÍN: ¿Y si juzgamos a este en lugar de a Dios?

ENRIQUE: Eres la bomba, tú mandas.

BENITO: Es verdad, eres la bomba, tío.

AGUSTÍN: Yo que soy la bomba, en una explosión de sinceridad, debo confesaros que todos estos cables no son más que un *holter*.

RUFINA: ¿Y eso qué es, como un B-52?

MELQUIADES: ¿Un *holter*?

BENITO: ¿Un *holter*?

MARISA: Pero ¿qué es un *holter*?

MELQUIADES: Un aparato que sirve para medir las pulsaciones.

AGUSTÍN (*Excusándose y retirándose cada vez más, apremiado por la irritación de sus compañeros.*): Me lo puse como un experimento. Yo sabía que esta situación me pondría cardiaco. Sólo quería comprobar qué dice el corazón cuando uno juzga a Dios. Comprendedlo, era una situación única.

Todos se ponen a perseguirlo por el escenario. En una de esas se escapa por el patio de butacas y todos lo intentan atrapar saltando por encima del público. En un momento dado llega a donde se encuentra la estatua de la Justicia.

AGUSTÍN (*Abrazándose a la estatua.*): Casa. Casa.

GONZALO: Qué casa ni qué narices. Nos has tenido con el corazón en un puño.

AGUSTÍN: Pues suéltalo. ¿Quién te manda hacerle tanto daño a tu pobre corazón?

GONZALO: Es que el puño era tu bomba.

AGUSTÍN: ¿Veis, veis cómo funciona esto de los dioses? Están pero no están. En cualquier momento desaparecen. Alguien desmiente su presencia, y en un momento pierden todo su poder.

(Levantándose la camisa.) Pero ellos siguen aquí, aunque desactivados. Así que, podéis seguir temiéndolos.

ENRIQUE *(Violento.)*: ¿Es verdad o es mentira?

AGUSTÍN *(Dirigiéndose al PERIODISTA.)*: Vamos a registrarlo, seguro que encontramos pruebas en su contra.

AGUSTÍN empieza a buscar en la mochila del PERIODISTA. Saca un estuche con tres botellas de vino.

AGUSTÍN: *Voilà.* Aquí está la prueba del delito. No sé qué delito es, pero es un delito divino.

BENITO: ¡Milagro! ¡Milagro! Esto empieza a parecer un episodio bíblico.

RUFINA: Mirad, la navaja tiene un abridor.

ENRIQUE: Todo cuadra. Viva la magia cotidiana.

RUFINA abre las botellas y empiezan a beber. El PERIODISTA se retuerce.

AGUSTÍN: Parece que nuestro periodista tiene algo que decir. *(Al PERIODISTA.)* ¿Un poco de libertad de expresión? *(Le hace cosquillas.)* Venga, te quitaré un rato la mordaza.

PERIODISTA: El vino no. Es un Vega Sicilia.

BENITO: Estupendo. He oído hablar muy bien de él.

AGUSTÍN: La ocasión lo requiere.

RUFINA: Yo soy la ocasión, o parte de la ocasión, y te quiero, te requiero. *(Da un buen trago a la botella.)*

PERIODISTA: Lo pagaréis con creces.

AGUSTÍN: ¿Una deuda más? ¿Un poco más de culpabilidad? Ahora me cuesta creer que haya una fuente de culpabilidad más caudalosa que el periodismo.

ENRIQUE: La religión.

AGUSTÍN: Sí, pero al menos los curas quitan alguna vez las culpas. Ofrecen vino en sus ceremonias. Estos acusan a todo el mundo de todo, y jamás desmienten sus acusaciones. Además, se guardan el vino para las tristes ceremonias íntimas de su soledad.

PERIODISTA: ¿Lo puedo probar?

MARISA: Reunámonos en asamblea para decidir si le damos un poco de vino.

MELQUIADES (*Levantando la mano.*): Hay bastante.

ENRIQUE (*Levantando la mano.*): No lo va a volver a probar en su vida.

BENITO (*Levantando la mano.*): Dadle quitapenas para que se alegre. Los periodistas no encuentran nunca nada bueno. Son aves carroñeras.

GONZALO (*Levantando la mano.*): Hacia la verdad, por el camino de la ebriedad.

AGUSTÍN: Por mayoría, la asamblea de majaras ha decidido concederte que compartas con nosotros la sangre de...

RUFINA (*Levantando la mano y con claras muestras de estar bebida.*): Discrepo. Este hombre nos debe dinero. Nos ha hecho un montón de fotos. A tres mil cada una...

AGUSTÍN: Desde luego, eres la de los cuentos chinos. (*A ella y al PERIODISTA.*) Creo que haríais una pareja perfecta. La realidad y la imaginación en uno.

BENITO: O en una. Depende de si va a ser niño o niña.

AGUSTÍN: Hagamos una cosa para conseguir la mayoría. Rompemos las fotos que nos tiene secuestradas y saldamos la deuda.

Entre todos pisotean la cámara.

PERIODISTA: Noooooo.

El PERIODISTA le quita la botella a RUFINA y le da un largo trago.

AGUSTÍN: Hablando de la imaginación, prepárate para asistir a un juicio que jamás encontrarás en ningún otro lugar.

BENITO: Un juicio dominado por la clari-videncia.

ENRIQUE: Por la fermen-tación.

RUFINA: Por la locu-cura.

AGUSTÍN: Oh, diosa, ayúdanos. Hemos puesto a un lado de la balanza un montón de vino.

BENITO: Y en el otro todavía más.

AGUSTÍN: La balanza se inclina por el más borracho.

BENITO: Que es el acusado, capaz de seguir creando cuando cualquiera de nosotros, en condiciones normales, se ha tenido que ir ya a dormir la mona.

ENRIQUE: Yo creo que el juicio debe seguir adelante.

AGUSTÍN: Es cierto que toda borrachera tiene sus daños colaterales.

BENITO: Su resaca.

AGUSTÍN: Pero de lo que no cabe ninguna duda es de la ebriedad de la creación.

MELQUIADES: Como demuestra la existencia de la *hallucigenia sparsa*.

RUFINA: ¿Qué es eso?

MELQUIADES: Un antiguo ser, una alucinación de Dios convertida en un bicho.

GONZALO: O la cristalización de las rocas.

AGUSTÍN: La misma cara de alguno de nosotros.

MARISA (*Dirigiéndose a la estatua.*): De borracha a borracha, de borracha limitada a borracha ilimitada, necesitamos una recompensa.

BENITO y GONZALO salen como buscando algo.

AGUSTÍN: Primero habrá que entrevistar al penado para averiguar cuáles son sus características personales, su capacidad laboral, su entorno social, personal y familiar, con el fin de determinar la actividad más adecuada con la que pueda llevar a cabo la compensación hacia la humanidad, ofendida por la limitación de su borrachera.

BENITO y GONZALO entran empujando entre los dos un confesionario.

BENITO: Mirad lo que hemos encontrado. Ayudadnos, pesa un montón.

MELQUIADES: ¿Quién quiere averiguarlo?

PERIODISTA: Estoy rodeado de regaderas.

RUFINA: Oye, yo no soy ninguna regadera, ¿eh?

BENITO: Yo mismo.

AGUSTÍN: Llévate una botella. Te hará falta. No sólo te arma de valor, sino...

BENITO: Menos sermones. Lo que necesito es que me expliquéis dónde debo ponerme para interrogarlo.

AGUSTÍN: Pues está claro. El representante de Dios se pone dentro. O sea, que Dios escucha dentro...

RUFINA: En el lugar del misterio.

AGUSTÍN: ...Y nosotros, los borrachos a medias, confesamos fuera.

BENITO: Entonces, si el lugar del que escucha está dentro, yo debo meterme ahí, detrás de la cortinilla, y Dios se quedará aquí fuera, en vuestro lugar.

AGUSTÍN (*Dándole un empujón.*): Adelante.

BENITO (*Tras un momento de duda.*): No puedo. Todo me va a dar vueltas. Yo me quedo aquí fuera, a ver si el que siempre escucha dice algo por fin.

BENITO se arrodilla en la parte exterior del confesionario e intenta escuchar con recogimiento.

VOZ DESDE DENTRO DEL CONFESIONARIO: Te quiero.

BENITO: Lo habéis oído. Me quiere, me quiere. Y además tiene voz de mujer. Esto debe de ser lo de la infinita gama de sexos. Oh, Dios mío, sabía que no me abandonarías.

Todos se quedan asustados al oír la voz. El PERIODISTA definitivamente pierde la cabeza. Del confesionario sale una mujer que mira extrañada a todos los que la contemplan. Tras ella, un hombre. Se arreglan como si saliesen del lecho.

GONZALO: Esto es la hostia.

AGUSTÍN: Ya estamos. Cuando te interesa bien que utilizas los nombres de Dios.

ENRIQUE: El copón divino.

AGUSTÍN: Otro.

MARISA: ¡Ave María Purísima!

AGUSTÍN: No tenéis remedio.

ADÁN (*Presentándose después de salir del confesionario y tendiendo la mano a BENITO.*): Me llamo Adán.

BENITO: Encantado. Yo soy Matusalén. Ellos son Noé, Job, Jacob, la Virgen María, Santa Ana...

BEA: Vosotros debéis de ser los otros miembros del jurado.

ENRIQUE: Ya sabía yo que nos faltaban dos elementos.

RUFINA: Parece que ha sido un flechazo, ¿no?

BEA: Espero que no os hayamos causado muchos problemas.

ADÁN: Estamos completamente de acuerdo con lo que hayáis decidido.

BEA: Tratándose de un ser de las características...

ADÁN: Sea lo que sea, contáis con nuestro apoyo.

ENRIQUE: ¿Y si al final decidimos condenarlo a muerte?

AGUSTÍN: ¡Volvemos a las andadas!

RUFINA (*A BEA.*): ¿Tú crees que Dios donaría sus órganos?

BENITO: Insisto: Dios ha sido ya condenado a muerte y ejecutado. Es completamente absurdo. Todo el mundo se reiría de nosotros.

AGUSTÍN: Hay que reconducir este asunto. Nos habíamos quedado en averiguar las características personales del sujeto. (*A GONZALO.*) Te toca a ti.

BENITO: El entorno social, laboral y familiar. (*A MELQUIADES.*) Eso lo averiguas tú.

RUFINA: Su capacidad laboral, (*A ENRIQUE.*) tú.

AGUSTÍN: Contáis con una enorme literatura sobre el tema. (*Señalando a la estantería.*) Todos esos tomos religiosos que nos ha dejado el juez como pruebas documentales. Es bastante útil para compaginar con el silencio divino.

MARISA se arrodilla en el reclinatorio del confesionario y empieza a leer.

MARISA: “Humildad fue bajar del cielo a la tierra y estar nueve meses encerrado en las entrañas de una mujer; humildad fue escoger para la gloria de su nacimiento la aldea de Belén; humildad fue escoger la madre humilde, el establo humilde, el pesebre humilde y los pastores que le vinieron a adorar humildes y después los apóstoles que le habían de acompañar pescadores y humildes.”

AGUSTÍN: Por ahí no vamos bien. Así lo único que le podrás pedir será una humilde brizna de paja

de la cuna, una humilde sardina o un humilde trozo de queso.

MARISA se levanta del reclinatorio.

BENITO: Seamos más ambiciosos.

GONZALO se arrodilla en el confesionario. Empieza a leer.

GONZALO: “Esta es la manera de ser Dios omnipotente, omnisciente, de verlo todo, de oírlo todo, de olerlo todo, de sentirlo todo, de estar en todas partes y de probar el corazón y los riñones de la criatura”.

GONZALO se levanta y se arrodilla MELQUIADES.

MELQUIADES: “Y llámase vida celestial, por la semejanza que en su manera tiene con la vida de aquellos espíritus bienaventurados: los cuales, como están libres y exentos de las cosas de la tierra, se ocupan siempre en apacentar sus ojos en la divina hermosura, gozando de aquella infinita luz y de aquel universal y sumo bien en que están todos los bienes.”

MELQUIADES se levanta y se arrodilla ENRIQUE.

ENRIQUE: “Dijo luego Dios: ‘Haya en el firmamento de los cielos lumbreras para separar el día de la noche y servir de señales a estaciones, días y años; y luzcan en el firmamento de los cielos, para alumbrar la tierra.’ Y así fue. Hizo Dios los dos grandes luminares, el mayor para presidir el día, y el menor para presidir la noche, y las estrellas; y los puso en el firmamento de los cielos para alumbrar la tierra, y presidir el día y la noche, y separar la luz de las tinieblas”.

PERIODISTA (*Curda y loco a la vez.*): Guau.

RUFINA: Ha querido decir guay.

ENRIQUE: Todo eso lo hizo en un día.

PERIODISTA: ¿En un solo día?

ENRIQUE: Y al día siguiente. “Dijo luego Dios: ‘Hiervan de animales las aguas y vuelen sobre la tierra las aves bajo el firmamento de los cielos.’ Y así fue. Y creó Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie, y todas las aves aladas, según su

especie. Y vio Dios ser bueno, y los bendijo diciendo: ‘Procread y multiplicaos, y henchid las aguas del mar, y multiplíquense sobre la tierra las aves.’

El PERIODISTA empieza a aplaudir. RUFINA le sigue.

MARISA: Así se hace.

BENITO: Vivan las golondrinas.

AGUSTÍN: Y la madre que las parió.

Se oyen un montón de golpes en la puerta.

VOZ DESDE FUERA: Abran a la justicia.

AGUSTÍN: La justicia somos nosotros.

VOZ DESDE FUERA: El juez quiere oír su veredicto.

AGUSTÍN: Que pase.

PERIODISTA: ¿Quién es el Veredicto ese?

Entran el JUEZ y dos UJIERES.

AGUSTÍN (*Señalando al lugar vacío del acusado.*): Señoría, el acusado persiste en su conducta disruptiva.

BENITO: Hemos hecho grandes esfuerzos en mantener la comunicación.

ENRIQUE: Que en ningún momento se ha roto.

RUFINA (*Enarbolando una botella.*): Gracias a Dios.

AGUSTÍN: Nuestro amigo Melquiades, experto en traducir los susurros del viento al pasar por las rendijas de puertas y ventanas.

MELQUIADES (*Haciendo una reverencia.*): Incluso el roce del aire contra los árboles. Para servirle.

JUEZ: De poco.

AGUSTÍN: ¡Enrique! Fidelísimo intérprete de las motas de polvo al caer lenta o rápidamente por la luz más o menos recta u oblicua de los rayos del sol, ya que la luz artificial es incapaz de leer las sutilezas casi indescifrables de la creación.

ENRIQUE: Para lo que usted guste sacudir.

JUEZ: Sólo se me ocurre una palabra.

ENRIQUE: ¿Cuál?

JUEZ: Rapapolvo.

AGUSTÍN: Nuestra buena amiga Marisa, que cierra los ojos y ve los latidos erráticos de cada uno de los ángeles.

MARISA: Que son el reflejo de Dios.

JUEZ: Mentes empañadas.

AGUSTÍN: Adán, rabino del gemido, y su inseparable Bea, criatura llena de significado.

BEA: Hemos hecho lo que hemos podido.

ADÁN y BEA se sientan en el reclinitorio del confesionario, abrazados.

AGUSTÍN: Rufina, inventora infalible de fantasías llenas de realidad.

RUFINA: Para imaginarle mejor.

JUEZ: Inaceptable.

AGUSTÍN: Gonzalo, la razón hecha polvo, el polvo hecho razón.

GONZALO: Discrepo.

JUEZ: Denegado.

AGUSTÍN: Benito, bendito hijo de algo más que las circunstancias.

BENITO: Bueno...

JUEZ: Malo.

AGUSTÍN: Un servidor, Agustín casi de Hipona, exhumador de creadores en montañas de mierda dejadas por generaciones y generaciones de mosquitas muertas.

PERIODISTA (*Señalando al JUEZ.*): Veredicto, dicho de verdad.

JUEZ: Pero hay diez, uno más de los establecidos. Esto puede romper completamente el procedimiento.

AGUSTÍN: Se me olvidaba. Celestino el borracho, sumiller de botellas encantadas, hacedor de

encuentros imposibles.

MARISA: Es un periodista que se ha colado.

RUFINA: No se preocupe, le ha venido muy bien colarse.

JUEZ: Pero ustedes han perdido la razón.

AGUSTÍN: No, señor juez, hemos alcanzado la razón común, como no hace mucho usted mismo nos pidió.

JUEZ: ¿Y qué dice su pobre razón?

AGUSTÍN: Queda demostrado por pruebas testificales, documentales y periciales, imaginarias y reales, escritas y habladas, benditas y malditas, antiguas y modernas, el poder del acusado para acabar con la humanidad.

BENITO: O para empezar con una nueva.

MELQUIADES: Mediante la técnica de desintegración y reintegración.

GONZALO: Por lo tanto le exigimos.

MARISA: Le instamos.

AGUSTÍN: Incluso le rogamos.

BENITO: Si hiciera falta.

AGUSTÍN: A que retome de una vez este bosquejo rudimentario llamado creación.

MELQUIADES: A que deponga su actitud infantil.

GONZALO: Y se avergüence de su obra deficiente.

MARISA: De la que se burlan otros dioses superiores todavía más desconocidos.

AGUSTÍN: Antecedentes de hecho.

MELQUIADES: El acusado ha cometido daños que se valoran en la cantidad de infinito menos uno.

BENITO: La deuda a saldar asciende a infinito.

JUEZ (*Un poco desesperado.*): ¿En qué moneda?

BENITO: Usted comprenderá que cuando alcanzamos esas cifras astronómicas da un poco igual el

valor de las divisas.

GONZALO: Desconocemos el paradero del acusado y no se ha designado ningún domicilio para las notificaciones.

ENRIQUE: Por lo tanto lo declaramos en rebeldía y se insta a proceder en su busca hasta que se cumpla con lo fallado.

AGUSTÍN: Pero este jurado ha decidido dejar las pesquisas.

BENITO: Las pistas dejadas por algunos cómplices nos aconsejan buscarlo de tal manera que no lo hallemos en ninguna parte.

RUFINA (*Leyendo.*): Pues cuanto más lo busquemos, menos lo encontraremos.

AGUSTÍN: En todo caso, se han confiscado los vehículos utilizados tradicionalmente por el interfecto.

PERIODISTA (*Enseñando un bote lleno de agua.*): La socorrida nube, encerrada en este bote hasta nueva orden.

RUFINA (*Tocando rítmicamente un triángulo musical metálico.*): El triángulo.

AGUSTÍN: Con el rayo hemos tenido algún problema. Pero no dudamos de que las fuerzas de seguridad conseguirán algún día someterlo.

ENRIQUE: Hay que neutralizar primero la complicidad material.

JUEZ: ¿Y la pieza de responsabilidad civil?

GONZALO: En este caso, y precisamente por interés humano, tendríamos que hablar más bien de responsabilidad divina.

AGUSTÍN: Si a su señoría no le ofende cambiar un poco los términos, claro.

JUEZ: ¿Y la consistencia de esa pieza?

AGUSTÍN: Se embargará el mundo.

BENITO: Con todas sus aves.

MELQUIADES: Sus reptiles.

ENRIQUE: Sus mamíferos.

GONZALO: Sus montes.

MARISA: Sus aguas.

PERIODISTA: Sus veredictos.

AGUSTÍN: Los títulos que detentan sus actuales propietarios serán anulados.

BENITO: Pues en muchos casos atentan contra el mismo plan divino.

JUEZ: ¿El jurado ha pensado en alguna fianza?

AGUSTÍN: El cielo y el infierno.

RUFINA: Este último será utilizado como lugar de diversión y deporte de riesgo para aquellas fortunas caprichosas que deseen invertir en tonterías su capital.

BENITO: Al cielo enviaremos viajes tripulados por ángeles infinitamente sexuados.

AGUSTÍN: Allí irán los laicos recalcitrantes.

PERIODISTA: Se le condena a que se haga cargo de las costas. En total, cinco botellas de Vega Sicilia, que serán utilizadas en el próximo juicio contra Satán... (*Tropezó y se cae al suelo por borracho.*) por haberse caído.

JUEZ: ¿Se contempla la privación de libertad?

BENITO: Dadas las características del encausado pensamos que podría colapsar con su presencia los sistemas penitenciarios de todos los Estados del mundo.

AGUSTÍN: Por eso hemos pensado condenarlo más bien a un máximo de libertad que lo libere de las constricciones a las que parece estar sometido.

BENITO: Sería conveniente sobre todo sacarlo de los crepúsculos de los libros de religión.

JUEZ: ¿Medidas cautelares?

RUFINA: No pasar por debajo de los tejados en días de mucho viento.

JUEZ: ¿Alguna posibilidad de sobreseimiento, libre o provisional?

AGUSTÍN: Si cumple con lo fallado, no habría problema.

GONZALO: Encontramos un principal inconveniente: el jurado no entiende el uso de la palabra gracia utilizada para hablar de las actuaciones en muchos casos delictivos. Aun así, siguiendo su

ejemplo, le otorgamos el derecho a la última palabra.

Habrá al menos un minuto de silencio por parte de todos los personajes, que quedan a la expectativa.

JUEZ: Recuerdo al jurado que debe actuar con independencia, sin mostrar miedo por amenazas del tipo que sean ni dejarse cohibir por la magnificencia del encausado. Tampoco podrá haber indicios de soborno por parte de los cómplices del reo.

PERIODISTA (*Al JUEZ.*): Así habla mi Veredicto.

AGUSTÍN: Fallamos: que debemos condenar y condenamos a Dios como autor responsable en innumerables delitos contra la salud pública, contra la propiedad, contra la vida, contra casi todo, en grado de tentativa y de acto, a las siguientes penas, inspiradas en el hecho probado de que cuantas espirituales palomas mensajeras le fueron enviadas con mensajes se encontraron guisadas en el anonimato de los mostradores de gran cantidad de bares.

MELQUIADES: A la pena perpetua de pagar una indemnización a la humanidad que le permita vivir de las rentas divinas, tranquilamente, el resto de su existencia, que debe ser eterna sin llegar al aburrimiento.

GONZALO: Todo esto por los daños sufridos por nuestros hermanos durante la peste negra.

ENRIQUE: La gripe española.

MARISA: El terremoto de Lisboa.

JUEZ: *Et caetera.*

RUFINA: Curará a todos los enfermos sin mediación de médicos.

AGUSTÍN: Cada cuatro ríos, uno sea de vino, para los adultos, y otro de leche para los niños.

BENITO: Cada quince piedras, una será de chocolate.

RUFINA: Las perdices volarán en escabeche y caerán siempre que tendamos un plato.

MARISA: Los cochinitos corretearán hasta las fuentes con un cuchillo preparado en el costillar.

ENRIQUE: En invierno lloverán licores con un mínimo de cuarenta grados.

RUFINA: En primavera, perfumes.

AGUSTÍN: Cada cinco nubes, una serán de algodón y otra de merengue.

BENITO: El dinero se utilizará exclusivamente para encender las hogueras de San Juan.

GONZALOS: Las mariposas nos abanicarán los días duros de verano.

JUEZ: ¡Magnífica literatura jurídica!

GONZALO: ¿Nos ha quedado bien?

JUEZ: ¿Todo esto son trabajos voluntarios o forzosos?

AGUSTÍN: Voluntarios, claro.

RUFINA: Buen rollito.

AGUSTÍN: Existen testimonios casi históricos de que eso ha sido así. Véase lo que ocurría en el no tan mítico lugar de Jauja, en el país de Cucaña.

JUEZ: Basta. Han ido ustedes demasiado lejos.

BENITO: Bueno, el caso lo pedía. Lo demandaba, quiero decir.

JUEZ: Han roto el secreto de las deliberaciones. (*Señalando al PERIODISTA.*) Han mantenido contacto durante el proceso con el acusado. (*Señalando al confesionario.*) Han manifestado enorme confusión entre el hecho y el derecho. Han actuado en todo momento con la vista puesta en las prebendas que pudiese ofrecerles al final del proceso el encausado. Han dejado que su amor y su odio, sentimientos subjetivos al cabo, tengan un peso en el veredicto. Han demostrado sufrir graves trastornos ocasionales (*Señalando a las botellas.*) e irreparables durante el juicio. En fin, me veo en la obligación de abrir una causa nueva contra ustedes.

PERIODISTA: Bueno, yo ya me iba. Un placer, Veredicto.

JUEZ (*Cerrando el paso al PERIODISTA.*): Contra todos ustedes.

RUFINA se ponen a llorar.

AGUSTÍN: Protesto. Ha sido un complot urdido por mí para evitar este juicio estúpido. Sólo a mí han de juzgarme. Reconozco toda la responsabilidad en el hecho y en el derecho.

JUEZ: Se acepta. Bastará con una sentencia ejemplar. Ya ha oído usted los cargos. ¡Llévenselo!

Los UJIERES salen custodiando a AGUSTÍN. Detrás de ellos, el JUEZ. Todos los demás se quedan

un rato pensativos. BENITO se sienta. Los miembros del jurado van saliendo, despacio, uno detrás de otro, después de coger sus abrigos. Al final sólo quedan MELQUIADES y BENITO.

MELQUIADES: ¿Te quedas?

BENITO: Voy a seguir esperando esa última palabra.

MELQUIADES sale.

TELÓN